

los hallazgos de este estudio. A lo largo de la lectura del libro, sorprende la minuciosidad con la que se van recorriendo los cuentos seleccionados con el objeto de aclarar muchos puntos oscuros que habían pasado inadvertidos, incluso porque parecían claros o sin importancia en anteriores lecturas. Es decir, lo que en otros autores comenzábamos a atisbar como señalamientos e indicaciones sobre las múltiples relaciones de Borges con la realidad, en este libro se convierte en una tarea metódica y exhaustiva en pos de la “reconstrucción de los contextos perdidos o escondidos” (p. 4).

Hasta aquí estas breves notas; no porque terminen aquí los comentarios sobre un libro tan rico en información y datos, sino porque resulta imposible abarcarlo en pocas palabras. Bástenos decir que su obra no es, de ninguna manera, “un vaciadero de basuras”, como la memoria de Funes, sino que el modelo de lectura que propone nos permite recuperar la “dimensión trágica”, más allá de juegos banales, que se desprenden de “las interacciones entre el azar y la necesidad” (p. 130). En este sentido —para muestra un botón—, su análisis de “La escritura de Dios”, que utiliza fuentes “mexicanas” (Miguel León Portilla, Bernal Díaz, Alfonso Reyes, el *Popol-Vuh*, etc.), resulta sorprendente, pues nos da la imagen de un Borges mucho más consciente de su posición, ajena a la perspectiva netamente eurocentrista.

SERGIO RENÉ LIRA CORONADO
Universidad Autónoma Metropolitana

ROBERTO HOZVEN, *Octavio Paz: viajero del presente*. El Colegio Nacional, México, 1994; 323 pp.

El desarrollo vertiginoso de la teoría literaria en el siglo xx y muy especialmente en las últimas décadas ha tenido múltiples consecuencias para los campos de estudio más cercanos, sobre todo para la crítica, esa actividad que tiene por objeto la descripción, el análisis y la valoración de obras literarias. El prestigio de la teoría, entidad cada vez más autosuficiente, ha llevado a cierto predominio sobre las otras ramas de los estudios literarios, las cuales han asumido, con complejo de inferioridad a veces, una posición un poco a la zaga, mostrándose con frecuencia reacias a la asimilación de los últimos descubrimientos teóricos.

En el caso de un clásico moderno, como lo es Octavio Paz, es natural que la crítica haya abordado su obra desde numerosos e incompatibles enfoques. Como la madurez poética e intelectual de Paz coincidió cronológicamente con el apogeo de la teoría moderna, resulta incluso posible reconstruir a grandes rasgos el desarrollo de las modalidades de estas tendencias teóricas a través de un examen de los supuestos y pre-

misas de los libros y estudios que se han dedicado a su obra. Pero aquí existe un mayor grado de complejidad, porque a diferencia de muchos creadores, Paz ha producido un número considerable de textos que reflexionan teóricamente sobre la literatura y otras formas de expresión artística e incluso sobre su propia obra: ha sido un teórico, un crítico y un historiador de la cultura, además de un creador literario. Por lo tanto, el crítico que decida escribir sobre Paz se ve obligado a enfrentarse al dilema de la ubicación de su visión crítica. Si adopta la misma postura que el poeta/ensayista puede incurrir fácilmente en una redundancia (es mejor leer lo que Paz ha dicho sobre su obra en lugar de un resumen de segunda mano), pero si el estudioso adopta una postura tan distanciada que se vuelve beligerante u hostil corre el riesgo de convertir a la crítica en un pretexto para la confirmación de sus propios prejuicios. La obra de Paz ha recibido y soportado estos dos tipos de acercamiento: los primeros suelen ser apologías; los segundos, diatribas.

Alimentado por los últimos avatares de la teoría literaria, sobre todo por la línea que va del estructuralismo al postestructuralismo (mejor conocido como la desconstrucción) y que parece desembocar en la semiología, Roberto Hozven sostiene que la obra de Paz “comporta su propia semiótica, su propio sistema de claves” (p. 14) y define con claridad su meta como la de “aprender de ella [la obra de Paz] estudiándola y enseñándola desde dentro... Cualquier otra postura, externa, hacia la obra paciana es condenarse a entender sin comprender” (p. 17). Decidido a correr el riesgo, el crítico parte de la hipótesis atractiva, pero cuestionable, de que la obra ofrece las pautas necesarias para su propia descodificación: “Al estudiar de esta manera la obra de Paz, no hago más que aplicar a su obra los principios de construcción semiótica y de comprensión de que ella misma se hace portadora” (p. 18). Es evidente que no se busca simplemente reproducir el contenido de las obras abordadas sino revelar la dimensión profunda o semiótica de los procedimientos que gobiernan la producción de los significados. Por lo tanto, Hozven ve a la poesía y a la prosa de Paz como metaescritura, una escritura que además de mostrar conciencia de su propia producción ofrece al lector la información necesaria para su cabal comprensión: “Paz nos comunica lo que dice junto con las instrucciones por las cuales produce las representaciones que comunica” (p. 35). Así, tenemos lo que parece ser una sospechosa disminución del papel del crítico, reducido a la función de explicar el texto a partir del mismo texto, como si la verdadera interpretación consistiera en una operación circular de descodificación. Pero esta visión no hace justicia a los procedimientos de Hozven: su libro hace más de lo que su metodología nos da a entender.

Es cierto que la poesía de Paz suele entrañar una metapoética, en el sentido de estar atravesada por una conciencia crítica que reflexiona sobre el proceso creador: la voz que canta sufre constantes interrupciones, desdoblamientos e intrusiones de otras voces que corrigen, modifican o

anulan lo dicho. Pero a partir de la presencia de este rasgo polifónico (en el sentido bajtiniano, aun cuando Bajtín haya dicho erróneamente que toda poesía es monológica) hay que dar un gran salto para poder afirmar que este discurso contiene en su interior las llaves para su interpretación. ¿La tarea del crítico se limita a descodificar y hacer explícito lo que ya se encuentra codificado en el texto?

Veamos con un poco de detenimiento el contenido del texto. El primer acierto del libro es el título justo y elegante. Octavio Paz es un viajero incorregible en varios sentidos. Su vida misma ha sido una larga serie de peregrinaciones por varios continentes, un recorrido por los grandes países de Occidente y de Oriente, tratando de comprender su arte, su literatura y su pensamiento. Pero Paz también ha practicado el viaje interior, sabiendo que la primera tarea del auténtico poeta es explorarse a sí mismo. Muchos de sus textos poéticos y ensayísticos tienen un patrón estructural y espiritual dictado por el viaje de exploración que es aventura y búsqueda. Abundan los ejemplos: *Piedra de sol*, *El mono gramático*, *Itinerario*, *Pasado en claro*, “Cuento de dos jardines”, “Vuelta”... El viaje implica movimiento en el tiempo y en el espacio y, efectivamente, Paz es un poeta de la movilidad, del cambio, de la historicidad. Algunos textos suyos se presentan como verdaderos ritos de iniciación que relatan la historia de un aprendizaje, como ese hermoso ensayo titulado “La búsqueda del presente”, su discurso de aceptación del premio Nobel, un texto citado con frecuencia por Hozven. Sin embargo, al decir “viajero del presente” se introduce otro elemento que parece generar, si no oposición, al menos cierta tensión con el primero. Varios textos de Octavio Paz son viajes que terminan en la inmovilidad, la contemplación o la fijez del instante. Si el viaje y la presencia son dos principios opuestos pero interdependientes, la obra de Paz aspira a hacer coexistir estos contrarios, fijando el instante fugaz del presente o de su resurrección en el poema, sin abstraerlo del movimiento temporal. Él mismo ha expresado su concepción de la poesía en términos de “una poética de la presencia”. El título de este libro tiene la virtud de aludir a todo esto en forma muy fiel.

Otro mérito del texto es la amplitud del enfoque que da una idea de la riqueza y la diversidad de la obra del escritor mexicano. Hozven no se limita a comentar textos estrictamente poéticos sino que toma como su objeto de estudio distintas partes del vasto tejido paciano: ensayos sobre arte, historia, literatura, y política, poemas, entrevistas... Así se confirma que esta obra no puede ser clasificada según los inflexibles criterios de la taxonomía tradicional porque no cesa de transgredir esas barreras que tratan de separar los distintos campos del saber. Al demostrar que los mismos procedimientos y estrategias funcionan aun en textos aparentemente “menores” según la jerarquía genérica tradicional (como pueden ser las entrevistas), el enfoque subraya la unidad de la obra, si bien corre el riesgo paralelo de perder de vista la especificidad de cada parte constitutiva.

Este libro sumamente ambicioso tiene como uno de sus propósitos centrales el de identificar y discutir las propuestas epistemológicas de la escritura de Paz, el de ver las estrategias discursivas que buscan provocar una liberación del lector de las cárceles conceptuales heredadas de la tradición, de la inercia de las convenciones aceptadas inconscientemente. Sabemos que esta obra intenta dialogar, criticar, provocar, incitar. En todas estas actividades hay una apelación a la existencia y a la complicidad del otro, del lector que no es un simple destinatario pasivo del mensaje sino alguien que recrea y comparte la experiencia poética. En esto Hozven tiene razón: la propuesta más radical de Octavio Paz es este sueño de abrir y repartir a todos lo que éste ha llamado, desde su juventud, “una poesía de comunión”.

No puedo extenderme sobre todos los puntos que Hozven toca en su estudio, pero sí quisiera comentar algunos en forma muy breve. De las cuatro partes en que está dividido el libro, la primera y más extensa describe lo que el autor llama “la enseñanza paciana” mediante un modelo teórico de tres niveles: lo enunciado, la semiosis y las correspondencias. Se analiza aquí tanto la visión de la poesía moderna expuesta en *Los hijos del limo* y en su continuación *La otra voz* como la visión de la historia social y política de México y, por extensión, de Hispanoamérica. El método intenta aislar a la manera estructuralista las oposiciones binarias que funcionan en los textos para luego estudiar las correspondencias intertextuales e interdiscursivas. Este último nivel de análisis es el más interesante ya que permite establecer relaciones de analogía entre distintas partes de la obra de Paz. Por otro lado, a partir de la noción de “simulación auténtica” (desarrollada por Paz en *El laberinto de la soledad*) Hozven hace una lectura reivindicativa de la interpretación paciana del modernismo hispanoamericano, confrontándola con el análisis bastante diferente que hizo del mismo fenómeno Ángel Rama. Por último, utilizando el ensayo del mismo nombre, el crítico hace un rastreo de “la búsqueda del presente” como metáfora del viaje epistemológico de aprendizaje.

La segunda parte explora los opuestos sentidos de “ver” y “leer” en un ejemplo de la crítica de arte de Paz antes de revisar las distintas estrategias “autocorrectivas” que el escritor emplea en entrevistas, ensayos y poemas. Hozven muestra que la obra de Paz puede leerse a nivel discursivo como una ejemplificación de la teoría del carácter sincrético, trasplantado, heterogéneo y simultaneísta de la cultura hispanoamericana, teoría elaborada por el mismo Paz en sus ensayos. Así, la “otredad” funciona no sólo como abstracto postulado teórico acerca de la cultura sino como algo que determina retóricamente una práctica textual que se abre hacia la alteridad: un principio teórico se materializa en una escritura que niega su estatuto tradicional como homogeneidad estática o certidumbre epistemológica. También son dignos de interés los comentarios sobre el fenómeno de la traducción, entendido como princi-

pio de incorporación de lo otro, mecanismo inclusivo que asume la forma de un diálogo entre culturas distintas o entre los variados códigos de una misma cultura.

Desde mi punto de vista, la tercera es la parte menos convincente del libro. Al analizar los conceptos de escritura, habla, poema y prosa el crítico sigue demasiado de cerca al poeta-ensayista y pierde así la posibilidad de confrontar los presupuestos de Paz con otras visiones teóricas. Colocada un poco incómodamente en medio de esta discusión se encuentra una digresión sobre un tema muy atrayente y polémico: el de las relaciones entre el discurso poético y el discurso político en Paz. Sin embargo, después de reseñar algunas semejanzas generales entre las dos actividades, el crítico no explora las fecundas tensiones y contradicciones que indudablemente existen entre los dos discursos.

Las características distintivas de la última parte del libro residen en que es el único lugar donde se comentan con cierto detalle poemas enteros de Paz. En las páginas anteriores, la poesía tiene un papel un poco ancilar y se tiende a privilegiar la prosa como objeto de estudio. Hozven analiza un par de poemas claramente relacionados, “La palabra escrita” y “La palabra dicha”, y otro (“Aquí”) del mismo libro *Salamandra*. Poemas breves pero complejos, sobre todo los dos primeros que señalan en sus títulos los nexos entre habla y escritura. Tal vez sea aquí, en las últimas páginas, donde el lector interesado en la interpretación detallada de textos encuentre más motivos de reflexión.

Son estimulantes las observaciones sobre el uso paciano de la metaironía como forma de disolver oposiciones binarias, así como la discusión más temática del papel del patrimonialismo en la historia de Hispanoamérica. Quedan por desarrollarse las buenas intuiciones acerca de una idea asumida por Paz desde una fecha muy temprana: la creencia de que la cultura hispanoamericana o la cultura a secas es un vasto sistema de tejidos híbridos, cruces sincréticos, interrelaciones que hay que traducir para poderlos entender. Este papel de traductor cultural, de un intermediario que interpreta e intercambia, que crea y recrea numerosos modelos, es muy cercano a la concepción semiótica. El crítico sugiere que es factible enfocar toda la obra de Paz desde esta perspectiva semiótica y es un mérito de su libro el haberlo intentado, aun cuando el resultado no sea definitivo. Aquí, una observación al margen: es curioso que Hozven no comente el texto paciano más cercano, para mí, a la práctica semiótica: *Conjunciones y disyunciones*.

Una valoración de las aportaciones de este libro implica una consideración de las dificultades que ofrece a cualquier lector(a). *Octavio Paz: viajero del presente* no es un texto de fácil lectura. Ofrece pocos asideros o concesiones en el arduo terreno de la especulación. La presencia avasallante de la teoría lleva a un nivel de abstracción que tiende a cubrir los textos de Paz con pesadas capas de terminología. Hay un contraste inevitable entre la aridez de este (y todo) metalenguaje teórico y la pa-

labra directa y transparente que encontramos incluso en los escritos más conceptuales de Paz. El libro corre el riesgo de caer no en el reduccionismo, defecto tan común en la crítica moderna, sino en otra cosa que es, creo yo, un desprendimiento natural del enfoque adoptado: el texto literario se vuelve casi un pretexto para elaborar un discurso teórico que aparece como una construcción *a priori* que hay que relacionar con la obra de Paz.

Esto me lleva a tocar de nuevo el asunto de los nexos que pueden existir entre las posturas de Paz, un escritor de enorme curiosidad intelectual, y los presupuestos de ciertas ramas (las ya mencionadas) del discurso teórico moderno. Sabemos que el auge del estructuralismo coincidió con un periodo de extraordinaria fecundidad en la obra de Paz y que él demostró un vivo interés en este movimiento interdisciplinario, manteniendo relaciones cercanas con dos destacados estructuralistas: Roman Jakobson y Claude Lévi-Strauss, un lingüista fascinado por la literatura y un antropólogo obsesionado por los mitos que la mentalidad primitiva construye. Sin embargo, confieso que desconfío del intento de demostrar una coincidencia casi total entre las posiciones de Paz y los postulados teóricos de los movimientos mencionados. Es justo notar que Hozven sí señala importantes diferencias entre la concepción del lenguaje de Saussure y las ideas de Paz, pero en lo que se refiere a las teorías antes mencionadas sus comentarios tienden a subrayar paralelismos y coincidencias. No dudo de que puedan existir acuerdos entre un poeta-ensayista moderno y algunas ideas de ciertas filosofías contemporáneas. Nada más natural ya que el poeta y el filósofo respiran el mismo aire intelectual. Lo que cuestiono es que esta relación sea tan cercana. Son complejos los vasos comunicantes entre creación, crítica y teoría. No son campos autónomos ni idénticos. Paz es, antes que nada, un poeta y el auténtico poeta tiene esa "capacidad negativa" que John Keats identificó como el poder vivir a la intemperie, sin la cobija reconfortante de un sistema de respuestas absolutas, sean religiosas, políticas o filosóficas. ¿El poeta aspira a un conocimiento sistemático? Puede aprovechar y usar creencias y métodos de conocimiento, pero su poesía suele decir algo que es irreductible a los sistemas constituidos. Para Paz, la poesía es, en sí misma, un método de conocimiento con sus propias exigencias y el poema es el espacio de realización de esta búsqueda y, a veces, el lugar del encuentro.

Todo esto me lleva a preguntarme: *El laberinto de la soledad* ¿es realmente un libro desconstruccionista? ¿Hasta qué grado son compatibles los poemas y ensayos de Paz con sistemas intelectuales? La propia noción del viaje, que Hozven utiliza en su libro, sugiere una idea más ecléctica y más libre. Por mi parte, creo que existe cierto abismo entre las ideas de Jacques Derrida sobre el habla y la escritura, el carácter diferencial del signo y la inexistencia de una referencialidad a algo "fuera del texto", por un lado, y por el otro las convicciones de un poeta que cree en la posi-

bilidad de reunir la palabra y la cosa, de rescatar el origen del comienzo en la plenitud del presente. El arte de Octavio Paz quiere ofrecer salidas del laberinto de nihilismo y de autorreferencialidad que caracterizan gran parte del pensamiento contemporáneo. La necesidad paciana de reintegrar arte y vida indica una postura ética que brilla por su ausencia en las premisas del estructuralismo y de la desconstrucción.

Pero no quiero ser injusto. El libro de Roberto Hozven demuestra un caudal de conocimientos y sus argumentos, difíciles de seguir como son, constituyen por eso mismo un desafío para el lector interesado. Se trata de un texto sembrado de intuiciones, un texto que se atreve a discutir cuestiones que muchos críticos no abordan por ignorancia o por miedo. Hay que agradecerle a Roberto Hozven que haya puesto todos estos temas sobre la mesa de debate.

ANTHONY STANTON
El Colegio de México